

EL CABALLERO
INEXISTENTE

Italo Calvino, 1959

T.U.M., 1982

PARTE PRIMERA

ESCENA 1

La escena, dividida en dos niveles. En el centro hay cuatro caballeros encerrados en sus armaduras, quizá dormidos, quizá borrachos. Parecen un puñado de latas viejas. En el extremo derecho, un quinto caballero viste armadura blanca, impecable, reluciente, adornado el yelmo con un penacho de quién sabe qué raza oriental de gallo, cambiante de todos los colores del iris. En el escudo hay dibujado un blasón entre dos bordes de un amplio manto con un blasón más pequeño en medio, y así hasta que el dibujo se vuelve indistinguible. Se escucha la monotonía de la tarde.

De pronto, suenan tres taques de trompa, las plumas de las cimbras se sobresaltan, los caballeros se ordenan sobre el escenario. Aparece Carlomagno, por el centro, seguido de su fiel obispo Teodulfo. Su caballo es muy grande, la barba le cubre el pecho. Carlomagno es un viejo chocho.

PALADINES Y VOCES: ¡Viva Carlos, rey de los francos! ¡Viva! ¡Viva nuestro emperador!

Carlomagno, llegado al fondo del escenario, se dirige al primero de los paladines a los que ha de pasar revista.

CARLOMAGNO: ¿Quién sois vos, paladín de Francia?

SALOMON: Salomón de Bretaña, sire. Cinco mil caballeros, tres mil quinientos infantes, mil ochocientos servicios, cinco años de campaña.

CARLOMAGNO: Cierra con los bretones, paladín! ¿Y quién sois vos, paladín de Francia?

Le contestan desde el otro extremo y Carlomagno habrá de correr hacia allá, seguido de Teodulfo. Así continuará la escena con los diferentes paladines.

OLIVERIO: Oliverio de Viena, sire. Tres mil caballeros escogidos, siete mil de tropa, veinte máquinas de asedio. Vencedor del

pagano Fierabrás, ¡por la gracia de Dios y para gloria de Carlos, rey de los francos!

CARLOMAGNO: Bien hecho, bravo por el vienés!

BERNARDO: Bernardo de Mompolier, sire. Vencedor de Brunamonte y Galiferno.

CARLOMAGNO: Bonita ciudad Mompolier! Ciudad de bellas mujeres! A ver si lo ascendemos de grado.

ALARDO: Alardo de Dordoña, del duque de Aymon...

CARLOMAGNO: Estupendo, Alardo, ¿qué dice papá?

VOZ: Ugier danés!

VOZ: Namo de Baviera!

VOZ: Palmerín de Inglaterra!

VOZ: Gualfredo de Monjoie, ocho mil caballeros excepto los muertos!

Carlomagno corre de un lado a otro intentando localizar las voces. De vez en cuando tropieza con Teodulfo, que lo sigue muy de cerca. Los paladines ríen. Finalmente, Carlomagno se detiene en el extremo izquierdo de la escena, justo enfrente de Agilulfo, al que ve.

CARLOMAGNO: Y vos, ahí, con ese aspecto tan pulcro...

AGILULFO: Yo soy Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez.

CARLOMAGNO: Aaaaaahhh... ¿Y por qué no alzáis la celada y mostráis vuestro rostro? Os hablo a vos, eh, paladín! ¿Por qué no mostráis la cara a vuestro rey?

AGILULFO: Porque yo no existo, sire.

CARLOMAGNO: Esta sí que es buena. Ahora tenemos entre nuestras fuerzas un caballero que no existe. Dejadme ver! Vaya, vaya... lo que hay que ver! ¿Y cómo os las arregláis para prestar servicio si no existís?

AGILULFO: Con fuerza de voluntad y fe en nuestra santa causa.

CARLOMAGNO: Claro, claro, muy bien dicho, así es como se cumple con el deber. Para ser alguien que no existe, sois avisado! Bueno, pues asunto terminado, ya nos podemos volver a dormir.

Carlomagno se va. La tropa toca el rompan filas. Hay una destandada.

ESCENA 2

Agilulfo, en el centro. Es de noche. Pasea. En un momento dado, desenvaina y comienza a hacer ejercicios con la espada. Entra Rambaldo.

RAMBALDO: Oh, caballero! No quería interrumpiros! ¿Os ejercitáis para la batalla? Porque habrá batalla muy pronto, ¿verdad? Yo llegué al campamento ayer... Será la primera batalla para mí... Es todo tan distinto de lo que me esperaba...

AGILULFO: Las disposiciones para un posible encuentro armado decididas por el mando son comunicadas a los señores oficiales una hora antes del comienzo de las operaciones.

RAMBALDO: Es que yo, veréis, he llegado ahora... para vengar a mi padre... Y quisiera que vosotros los más viejos me dijerais qué de-bo hacer para encontrarme en la batalla frente a ese perro pagano del argalif Isoarre, sí, precisamente a él, y partirle la lanza en las costillas, tal como él hizo con mi heroico progenitor, que Dios lo tenga en su gloria, el difunto marqués Gerardo de Rosellón!

AGILULFO: No puedo ayudarte, muchacho. Dirígete a la Superintendencia de Duelos, Venganzas y Manchas al Honor y allí estudiarán el mejor modo de satisfacerte.

RAMBALDO: Pero, caballero, no son las superintendencias lo que me preocupa, comprendedme, es que me pregunto si en la batalla el valor que siento, el ensañamiento que me bastaría para destripar no a uno, sino a cien infieles y también mi pericia con las armas, porque estoy bien adiestrado, ¿sabéis?, digo que si allí en aquella gran refriega, antes de haberme orientado, no sé... Si no encuentro a ese perro, si se me escapa, quisiera saber qué hacéis vos en esos casos, caballero, decidme, cuando en la batalla está en juego un asunto vuestro, algo absoluto para vos, para vos solo.

AGILULFO: Me atengo estrictamente a las disposiciones. Hazlo tú también así y no te equivocarás.

RAMBALDO: Perdonadme, no quería importunaros. Me habría gustado hacer algunos ejercicios de espada con vos, con un paladín! Porque, sabéis, yo soy bueno en la esgrima, pero a veces, por la mañana temprano, los músculos están como entumecidos, fríos, no van como uno quisiera. ¿No os pasa también a vos?

AGILULFO: A mí no.

Se va.

ESCENA 3

Rambaldo, solo. Suena el canto del gallo. Comienza a amanecer y varios paladines embutidos en sus armaduras cruzan el escenario. Rambaldo los sigue intentando hablar con ellos. Pero ninguno le hace caso.

RAMBALDO: Eh, caballero, esperad! Mi nombre es Rambaldo!... Quiero vengar a mi padre... Caballero!

Entretanto, en la parte superior del escenario, han aparecido dos paladines con sus respectivas mesas. Después de desperezarse han extendido sus papeles y, quitándose el yelmo, se han sentado tras los escritorios. Rambaldo se dirige a ellos.

RAMBALDO: Soy Rambaldo de Rosellón, bachiller, hijo del difunto marqués Gerardo. He venido para vengar a mi padre, muerto como un héroe bajo las murallas de Sevilla.

COMANDANTE 1: Rosellón, Rosellón... Pero si ya te inscribimos ayer. ¿Qué quieres? ¿Por qué no estás con tu sección?

RAMBALDO: Nada, no sé, esta noche no he conseguido coger el sueño, el pensamiento de la batalla, yo debo vengar a mi padre, sabéis, tengo que matar al argalif Isoarre y... Quisiera hacer una súplica a la Superintendencia de Duelos, Venganzas y Manchas al Honor, ¿es aquí?

COMANDANTE 1: Apenas ha llegado éste, y oye con lo que sale! Pero ¿qué sabrás tú de la Superintendencia?

RAMBALDO: Me lo ha dicho ese caballero, cómo se llama, el de la armadura toda blanca.

COMANDANTE 2: Uf! Lo que nos faltaba! Qué manía de meter en todo la nariz, y eso que no tiene!

RAMBALDO: ¿Cómo? ¿Que no tiene nariz?

COMANDANTE 1: En vista de que a él la sarna no le pica, no encuentra nada mejor que rascarle la sarna a los demás.

RAMBALDO: ¿Pero por qué no le pica la sarna?

COMANDANTE 2: ¿Y en qué sitio quieres que le pique, si no tiene

ningún sitio? Ese es un caballero que no existe...

RAMBALDO: Pero ¿cómo que no existe? Yo lo he visto! Existía!

COMANDANTE 2: ¿Qué has visto? ¿Una armadura? Chatarra... Es uno que existe sin existir, ¿te enteras?

COMANDANTE 1: Así que quieres vengar a tu padre, marqués de Rosellón, de grado general. Veamos, para vengar a un general, el procedimiento mejor es quitar de en medio a tres comandantes. Podríamos asignarte tres que fueran fáciles y asunto terminado.

RAMBALDO: No me he explicado bien: es Isoarre el argalif al que debo matar. Fue él en persona quien derribó a mi glorioso padre!

COMANDANTE 1: Sí, sí, lo hemos entendido, pero echar abajo a un argalif no vayas a creer que es algo tan sencillo... ¿quieres cuatro capitanes? Mira que cuatro capitanes se dan por un general de división, y tu padre era sólo general de brigada...

RAMBALDO: Buscaré a Isoarre y lo destriparé! A él, sólo a él!

COMANDANTE 2: Tú acabarás arrestado, no combatiendo, puedes estar seguro! Pienso un poco antes de hablar! Si te ponemos dificultades para Isoarre, por algo será. Si nuestro emperador, por ejemplo, tuviese con Isoarre alguna negociación en curso...

COMANDANTE 1: Todo resuelto! Todo resuelto! No hay necesidad de hacer nada! Para qué venganza, no hace falta! Oliverio, el otro día, creyendo a sus dos tíos muertos en batalla, los vengó! Pero resulta que se habían quedado borrachos debajo de una mesa. Nos encontramos con estas dos venganzas de tío de más, un buen lío. Ahora todo se arregla: una venganza de tío nosotros la contamos como media venganza de padre: es como si tuviéramos una venganza de padre en blanco, ya ejecutada.

COMANDANTE 2: Bravo, ¿ver como ~~no~~ era tan difícil?

Los comandantes se van cargados con sus papeles. Rambaldo, desconcertado, no sabe qué hacer. Al fin, corre hacia un extremo y llorando se echa al suelo.

ESCENA 4

Rambaldo llora en un rincón. Entra Agilulfo, lo ve, se acerca a él y posa su mano de hierro sobre los cabellos del joven.

AGILULFO: ¿Qué tienes, muchacho? ¿Por qué lloras?

RAMBALDO: Perdonadme, quizá es cansancio. No he conseguido pegar ojo en toda la noche y ahora me encuentro como perdido. Si pudiera al menos dormir un poco... Pero ya es de día. Y vos, que también os habéis quedado despierto, ¿cómo os las arregláis?

AGILULFO: Yo me encontraría perdido si me adormeciera aunque sólo fuera un instante, mejor dicho, ya no volvería a encontrarme por nada, me perdería para siempre. Por eso paso muy despierto cada instante del día y de la noche.

RAMBALDO: Debe ser desagradable...

AGILULFO: No.

RAMBALDO: Y la armadura, ¿no os la quitáis nunca de encima?

AGILULFO: No hay un encima. Quitar o poner para mí no tiene sentido.

RAMBALDO: ¿Y cómo puede ser?

AGILULFO: ¿Y cómo puede ser si no?

ESCENA 5

Dos campesinas.

CAMPESINAS: Aquél es el rey, aquél es Carlos! Y aquél es Oliverio!
Qué va, aquél es Orlando! Son todos iguales!

Entra Carlomagno, con Teodulfo, seguido por sus paladines.

CARLOMAGNO: Huy, patos, patos!

Aparece Gurdulú, aleteando, corre hacia Carlomagno y lo esquivo.
Se va corriendo.

TEODULFO: ¿Y quién es ése?

SALOMON: Eh, tú, ¿te parece ésta la manera de inclinarte ante el
emperador? ¿Es ése el guardián de los patos?

CAMPESINA: No, los patos los guardo yo, son míos. El no tiene na-
da que ver, es Gurdulú.

SALOMON: ¿Y qué hacía con tus patos?

CAMPESINA: Oh, nada, de vez en cuando le da por ahí, los ve, se equi-
voca, cree ser...

CARLOMAGNO: ¿Cree ser un pato?

CAMPESINA: Cree ser los patos... Ya sabéis cómo es Gurdulú: no se
fija...

El séquito imperial se retira.

CAMPESINAS: Digo que el de la izquierda era Orlando. Y yo digo que
era Palmerín. Palmerín iba el último. ¿Que iba el último?,
¿y tú qué sabes? ¿Que yo no sé?, ahora verás!

Se van.

ESCENA 6

Rambaldo cabalga solo y despistado. De pronto aparece un soldado infiel.

RAMBALDO: Ah, un sarraceno!

Rambaldo lo persigue, pero cuando va a alcanzarlo aparece otro. Rambaldo da media vuelta y huye. Los moros se burlan de él. Entonces el joven se enfrenta a ellos.

RAMBALDO: Cobardes! Cobardes!

Cuando comienza a estar apurado, se oye un galope y aparece un caballero vestido de azul, que se hace cargo de los sarracenos.

RAMBALDO: Habéis llegado en el momento preciso. Ahora le daremos su lección a estos perros.

Rambaldo vuelve a la pelea y entre los dos hacen huir a los moros.

RAMBALDO: Gracias, hermano, me has salvado la vida. Mi nombre es Rambaldo, de los marqueses de Rosellón, bachiller. ¿Por qué no me respondéis?

El caballero de azul da media vuelta y se va.

RAMBALDO: Caballero, aunque te debo la vida, consideraré esto como una ofensa mortal. Me pagarás esta afrenta quienquiera que seas.

Sale en su persecución.

ESCENA 7

Vuelve a aparecer Carlomagno con su séquito. Gurdulú está haciendo el peral, con los brazos levantados como ramas y en las manos y en la boca, y en los desgarrones del vestido, tiene peras.

CARLOMAGNO: Mira cómo hace el peral.

ORLANDO: Ahora lo sacudo.

HORTELANA: Su Majestad lo perdone. Martinzul no entiende a veces que su lugar no está entre los árboles o entre los frutos inanimados, sino entre los devotos súbditos de vuestra majestad.

CARLOMAGNO: Pero, ¿qué es lo que le ocurre a ese loco que vosotros llamáis Martinzul? Me parece que ni siquiera sabe lo que le pasa por la mollera.

HORTELANA: ¿Y qué podemos saber nosotros, majestad? Loco quizá no se le pueda llamar; sólo es uno que existe, pero que no sabe que existe.

CARLOMAGNO: Vaya, hombre. Este súbdito ~~mío~~ que existe pero que no sabe que existe y aquel paladín mío que sabe que existe y en cambio no existe. Hacen una buena pareja, os lo digo yo. Traedme a ese Gurgur... ¿Cómo se llama?

HORTELANA: Según los países que atraviesa, y detrás de qué ejército cristiano o infiel se coloca, lo llaman Gurdurú, o Gudi-Ussuf, o Ben-Va-Ussuf, o Ben-Stambul, o Pestanzul, o Bertinzul, o Martinzul, o Homobón, o Homobestia, o bien el Feo del Valle, o Juan Lanas, o Perico Pachucho. Para él, total, le llamen como le llamen es lo mismo. Le llamáis y él cree que llamáis a una cabra; decís queso o torrente y contesta: aquí estoy.

Dos paladines arrastran a Gurdulú a presencia de Carlomagno.

ORLANDO: Descúbrete la cabeza, bruto! No ves que estás ante el rey!

GURDULU: Doy con la nariz al suelo, caigo de pie a vuestras rodillas, me declaro augusto servidor de vuestra muy humilde majestad. Mandaros y me obedeceré. Y cuando vuestra majestad dice: Ordeno; mando y quiero y hace así con el cetro, así con el cetro

como hago yo, ¿veis?, y grita así como grito yo: Ordenoooo, mandoooo y quieroooo, todos vosotros, perros súbditos, debéis obedecerme, de lo contrario os hago empalar y tú el primero, ese de la barba y la cara de viejo chocho!

ORLANDO: Debo cortarle la cabeza de un tajo, sire?

HORTELANA: Imploro gracia para él, majestad. Ha sido uno de sus descuidos de costumbre: al hablar del rey se ha confundido y ya no se ha acordado de si el rey era él o aquél a quien hablaba.

CARLOMAGNO: Dadle una escudilla de sopa.

La traen y Gurdulú mete en ella la cabeza.

CARLOMAGNO: Pero ¿qué hace ahora?

HORTELANA: ¿Cuándo lo entenderás, Martinzul, que eres tú el que debe comer la sopa y no la sopa la que debe comerte a tí? ¿No te acuerdas? Tienes que llevártela a la boca con la cuchara...

CARLOMAGNO: Caballero Agilulfo. ¿Sabéis lo que os digo? Os asigno a ese hombre como escudero. ¿Verdad que es una buena idea?

Los paladines ríen.

CARLOMAGNO: Y ya está bien de andar por hoy: nos quedamos aquí a dormir.

Se va.

OLIVERIO: Así pues, ¿cuándo empieza a prestar servicios el nuevo escudero?

AGILULFO: Una afirmación verbal del emperador tiene valor inmediato de decreto.

Oliverio ríe.

ESCENA 8

Agilulfo y Oliverio, sentados sobre sendos troncos, en extremos opuestos. Entra Rambaldo.

RAMBALDO: Eh, hola, sabéis, he caído en una emboscada. Yo estaba en un valle y de pronto me han salido al paso cuatro sarracenos. me he batido con ellos, duramente, y al final los he obligado a retirarse. Pero enseguida han vuelto con otros más, no sé cuántos, doce, quizá quince. Arremetiéndolo contra ellos con la lanza he derribado a tres. Luego he echado mano a la espada. Me tenían rodeado. Yo me defendía de sus ataques con todas mis fuerzas, pero eran demasiados. Cuando ya me disponía a morir (no sin antes matar a cuatro o cinco de aquellos malditos infieles, claro), ha aparecido un misterioso caballero. De ver la destreza y gracia con que manejaba sus armas, de poco me quedo parado allí, mirando. Pero enseguida he recuperado todas mis fuerzas y luchando a su lado hemos conseguido hacerles huir. He querido entonces agradecerle su ayuda, pero ni siquiera me ha dicho su nombre: se ha marchado sin más explicaciones. Como comprenderéis he considerado esto como una grave afrenta, así que de inmediato me he lanzado en su busca.

OLIVERIO: ¿Y le has encontrado?

RAMBALDO: Claro, y precisamente esto es lo mejor de todo, porque el tal caballero no es en realidad un caballero.

OLIVERIO: Ah, ¿no? ¿Y qué es entonces?

RAMBALDO: Resulta que después de andar un rato, me encuentro, justo al lado de un torrente, un caballo atado a un avellano. Y me digo: no hay duda, es el caballo del guerrero desconocido, luego el caballero no debe estar lejos. Me lanzo entre las cañas para buscarlo, llego a la orilla, asomo la cabeza por entre las hojas... y allí mismo estaba. Pero no veais cómo! Era una mujer, muy bella, de cara no sé, porque sólo se había quitado la parte baja de la armadura: el vientre liso, el vello rubio, las piernas largas, las nalgas redondas, rosadas, tiernas.

De pronto gira sobre sí misma, busca un sitio acogedor, planta un pie a cada lado del riachuelo, dobla un poco las rodillas, apoya en ellas los brazos, echa hacia adelante la cabeza y hacia atrás el trasero y... y se pone a hacer pipí... Así, tan tranquila, tan altiva.

OLIVERIO: ¿Y qué ha pasado después?

RAMBALDO: Ha seguido corriendo por los peñascos... hasta que me ha visto.

OLIVERIO: Pero ¿te ha visto?

RAMBALDO: Claro. Ha lanzado un grito y en seguida me ha arrojado el puñal que llevaba en la cintura con una rabia que no os podéis ni imaginar.

OLIVERIO: ¿Y tú que has hecho?

RAMBALDO: Pues... me he ido.

OLIVERIO: Con la Bradamante te quieres meter, pichón. Sabes que te va a querer esa.

RAMBALDO: ¿Bradamante?

OLIVERIO: Bradamante se tira a los generales o a los mozos de cuerda, no la pescarás ni aunque le pongas sal en la cola.

Oliverio se va riendo. Rambaldo va a seguirlo para preguntarle. Pero ve a Agilulfo y se acerca a él. Agilulfo afila su espada.

RAMBALDO: Caballero Agilulfo.

AGILULFO: ¿Qué queréis?

RAMBALDO: ¿Conocéis a Bradamante?

Agilulfo blande la espada, corre hacia el tronco donde estaba sentado Oliverio y lo parte en dos.

RAMBALDO: ¿Qué pasa, caballero Agilulfo? ¿Qué os ha dado?

AGILULFO: ¿Ves? Un golpe limpio, sin la más pequeña oscilación. Observa qué recto es el corte.

ESCENA 9

Rambaldo, solo. Entra Bradamante. Viste una pequeña túnica, los brazos desnudos, los cabellos atados en la nuca le caen después en una gran cola desparramada. Bradamante se ejercita tirando con el arco. Van entrando algunos caballeros que se sientan para contemplar a la paladina. Entre ellos está Torrismundo, joven de cara trsite y pensativa, los ojos clavados siempre en el suelo, que pasará desapercibido en esta escena.

RAMBALDO: Te desaffo con el arco.

Bradamante lo mira de arriba abajo y le cede el arco. Rambaldo tira dos o tres veces.

BRADAMANTE: Das en el blanco, pero siempre por casualidad.

RAMBALDO: ¿Por casualidad? Si no fallo ni una.

BRADAMANTE: Aunque acertaras cien flechas, sería siempre por casualidad.

RAMBALDO: Entonces, ¿qué es lo que no ocurre por casualidad? ¿Quién tiene éxito más que por casualidad?

Agilulfo cruza por detrás el escenario.

BRADAMANTE: Caballero, ven tú a demostrar cómo se hace.

Agilulfo se acerca, toma el arco y dispara.

BRADAMANTE: Este sí que es un disparo.

Agilulfo no hace caso y se va.

BRADAMANTE: ¿Quién, qué otro podrá tirar con el arco con tanta nitidez? ¿Quién podrá ser preciso y absoluto en todos sus actos como él?

BERNARDO: Desde que le dio por enamorarse de Agilulfo, desgraciada, no vive tranquila...

RAMBALDO: ¿Cómo? ¿Qué habéis dicho?

OLIVERIO: Eh, pichón, ya puedes hinchar el tórax con nuestra paladina. A ella ahora ya sólo le gustan las corazas limpias por dentro y por fuera. ¿No sabes que está enamorada como una loca de Agilulfo?

RAMBALDO: Pero, cómo puede ser... Agilulfo... Bradamante... ¿Cómo se entiende?

BERNARDO: Se entiende que cuando una ha satisfecho su capricho con todos los hombres existente, el único capricho que le queda puede ser solo el de un hombre que no existe.

OLIVERIO: Eh, rubia, ¿no es un poco endeble para la cama?

BERNARDO: Di: si lo desnudas, ¿a qué te agarras luego?

BRADAMANTE: ¿Y no creéis que soy lo bastante mujer como para conseguir de cualquier hombre que haga todo lo que debe hacer?

OLIVERIO: Como no te dediques a sacarle brillo a su armadura...

Bradamante coge el látigo, lo bate y corre tras ellos.

BERNARDO: Huy, huy, si quieres que le prestemos algo nosotros, Bradamá, no tienes más que decírnoslo.

Queda solo Rambaldo, con Torrismondo.

ESCENA 10

Rambaldo sigue mirando hacia fuera. Torrismundo, que sigue con la vista fija en el suelo, comienza a hablar por las buenas.

TORRISMUNDO: Yo soy nuevo aquí, no sé, no es como creía, todo se escapa, no se llega nunca, no se entiende. Todo es un asco.

RAMBALDO: Hombre, ves, yo no sería tan pesimista, hay momentos en que me siento lleno de entusiasmo, incluso de admiración y me digo: esto es realmente lo que soñaba. En cambio, es verdad, que nunca puedes estar seguro de nada...

TORRISMUNDO: ¿Y de qué quires estar seguro? Enseñas, grados, pompas, nombres... Todo es fachada. Los escudos con las hazañas y los emblemas de los paladines no son de hierro, son de papel.

RAMBALDO: Pero el ejército imperial, hay que admitirlo, combate por una santa causa, y defiende la cristiandad contra el infiel.

TORRISMUNDO: No hay defensa ni ofensa, no hay sentido de nada. La guerra durará hasta el final de los siglos y nadie ganará o perderá, nos quedaremos parados unos frente a otros para siempre. Y sin los unos los otros no serían nada, y a estas alturas tanto nosotros como ellos hemos olvidado por qué combatimos... ¿Oyes estas ranas? Todo lo que hacemos tiene tanto sentido y tanto orden como su croar, su saltar del agua a la orilla y de la orilla al agua.

RAMBALDO: Para mí no es así, para mí, al contrario, todo está demasiado encasillado, regulado... Veo la virtud, el valor, pero es todo tan frío... Que haya un caballero que no existe, te lo confieso, me da miedo... Y sin embargo lo admiro, es tan perfecto en todo lo que hace, da más seguridad que si existiera y casi... comprendo a Bradamante... Agilulfo es sin duda el mejor caballero de nuestro ejército.

TORRISMUNDO: Bah!

RAMBALDO: ¿Cómo bah?

TORRISMUNDO: También él es un montaje, peor que los demás.

RAMBALDO: ¿Qué quieres decir con montaje. Todo lo que hace, lo hace

en serio.

TORRISMUNDO: Nada. Todo son cuentos... No existe ni él, ni las cosas que hace, ni las que dice, nada, nada...

RAMBALDO: Pero entonces, ¿cómo se las apañaría, con la desventaja en que se encuentra respecto a los demás para ocupar en el ejército el puesto que ocupa? ¿Sólo por el nombre?

TORRISMUNDO: Aquí hasta los nombres son falsos. Si yo quisiera haría que todo se fuera al cuerno. No nos queda ni la tierra en que posar los pies.

RAMBALDO: Pero entonces, ¿no hay nada que se salve?

TORRISMUNDO: Quizá, pero no aquí.

RAMBALDO: ¿Quién? ¿Dónde?

TORRISMUNDO: Los caballeros del Santo Grial.

RAMBALDO: ¿Y dónde están?

TORRISMUNDO: En los bosques de Escocia.

RAMBALDO: ¿Los has visto?

TORRISMUNDO: No.

RAMBALDO: ¿Y cómo tienes noticias de ellos?

TORRISMUNDO: Lo sé.

Se oye el croar de las ranas. Los dos quedan en silencio.

ESCENA 11

Entran Carlomagno y Teodulfo.

CARLOMAGNO: ¿Los habéis bendecido a todos?

TEODULFO: Uno por uno, mi señor.

CARLOMAGNO: Creo que por esta vez voy a dejar que mis paladines se las arreglen solos. Ya tienen bastante experiencia.

TEODULFO: Prudente resolución. Desde aquí lo veremos todo muy bien.

Los ejércitos enemigos comienzan a cruzarse una y otra vez con gran estrépito de cascos, gritos y armas. Poco a poco se va levantando una polvareda insoportable y todo el mundo comienza a toser.

CARLOMAGNO: Ya están todos tosiendo.

TEODULFO: Deberíamos educar a los caballos para que no levanten tanto polvo: es imposible ver nada.

CARLOMAGNO: Creo que ahí está Orlando, y Oliverio. Pero se han hecho un lío con esos malditos moros y no pueden salir.

Orlando y Oliverio, con dos moros. Un pequeño intérprete da vueltas en torno a ellos traduciendo los insultos.

SARRACENO: Khar-as-Sus!

ORLANDO: ¿Qué ha dicho?

INTERPRETE: Ha dicho: excremento de gusano.

ORLANDO: ¿Qué? Dile que es un hijo de puta.

INTERPRETE: Mushrick!

SARRACENO: Majalás!

INTERPRETE: Jilipollas!

OLIVERIO: ¿Yo jilipollas? Pues tú eres un marrano con cuernos de camello.

INTERPRETE: Jadajim coronus kadajás!

.....

El grupo se disuelve.

CARLOMAGNO: Vaya, parece que ya se desliza. Fue una gran idea esto de incluir un par de intérpretes entre mis tropas. La guerra se hace ahora mucho más fácil.

TEODULFO: Pero deberíais haber nombrado intérpretes varones y no doncellas. Es un peligro.

CARLOMAGNO: No lo entiendo. A las mujeres no se atreverían a matarlas.

TEODULFO: ~~¡HAZ~~ Matarlas no, pero...

Un sarraceno persigue a una intérprete. La alcanza. La viola.

CARLOMAGNO: Perro infiel! Ah, pero ahí está Orlando. Es un valiente este muchacho!

Orlando hace huir al moro. Luego viola también él a la intérprete.

CARLOMAGNO: Pero ¿será posible? Qué barbaridad!

Aparece Rambaldo. Tropieza con un sarraceno.

CARLOMAGNO: ¿Y quién es ése?

TEODULFO: Ah, es Rambaldo, el hijo de Gerardo.

CARLOMAGNO: Gerardo, pobre viejo. ¿Te acuerdas de él? Ya la advertí que no bebiera tanto antes del combate. Fíjate, en Sevilla...

TEODULFO: Ayer me ~~confesó~~ que su intención era vengarle.

El sarraceno ha dicho algo ha Rambaldo. Este no entiende nada.

RAMBALDO: Intérprete, intérprete, ¿qué dice?

INTERPRETE: Dices que le deje paso.

RAMBALDO: No, pardiez!

INTERPRETE-SARRACENO-INTERPRETE: Dice que debe seguir adelante por razones de servicio; si no la batalla no sale de acuerdo con los planes.

RAMBALDO: Le dejo paso si me dice dónde se encuentra Isoarre el argalif.

INTERPRETE-SARRACENO-INTERPRETE: Allí, en aquella loma, a la izquierda.

Se van los tres. Aparece Agilulfo, peleando con dos sarracenos.

CARLOMAGNO: Vaya, mira aquél. ¿Cómo podrá matar tantos moros siendo tan poca cosa?

TEODULFO: A propósito, ¿sabéis que ese caballero nunca comulga?

CARLOMAGNO: ¿Y cómo va a hacerlo? Su armadura acabaría como un depósito de host...

TEODULFO: Además, dudo mucho de que esté bautizado, incluso me parece muy improbable que crea en Dios. ¿Cómo va a creer en la existencia de Dios si él mismo no existe?

CARLOMAGNO: Mirad, mirad, ahí está de nuevo Rambaldo.

Rambaldo se acerca a un argalif vestido de verde.

RAMBALDO: Intérprete!

INTERPRETE: Aquí estoy!

RAMBALDO: Dí~~le~~ que soy el hijo del marqués de Rosellón y que vengo a vengar a mi padre.

INTERPRETE-SARRACENO-INTERPRETE: ¿Y quién es ese?

RAMBALDO: ¿Que quién es mi padre? Esta es tu última ofensa.

Pelean. El sarraceno argalif lleva claramente las de ganar. De pronto vuelve el sarraceno anterior gritando.

INTERPRETE: Deteneos, señor. Perdón, me había confundido: el argalif Isoarre está en la colina de la derecha. Este es el argalif Abdul.

RAMBALDO: Gracias, sois un hombre de honor.

Rambaldo se va. Abdul se encoge de hombros.

CARLOMAGNO: Pero ¿por qué se dejará todas las peleas a medio?

TEODULFO: Sin duda es que no encuentra al argalif Isoarre.

CARLOMAGNO: ¿Y para qué quiere ~~matarlo~~ encontrarlo?

TEODULFO: Para matarlo y así veng~~ar~~...

CARLOMAGNO: ¿Quiere matar a Isoarre?

TEODULFO: Sí.

APARECE Bradamante, que se lanza contra Abdul.

CARLOMAGNO: Pero ¿cómo no lo habéis disuadido de tal idea. Isoarre me había invitado la semana que viene a su harén de campaña. ¿Qué voy a hacer si lo mata?...

TEODULFO: Fijaos, fijaos en la bella Bradamante, es una guerrera sin par. Su energía es inigualable, y no sólo en el campo, porque habríais de verla en la ca... Quiero decir en la capilla...

Vuelve a aparecer Rambaldo.

RAMBALDO: Tú eres sin duda Isoarre. No saldrás con vida de ésta, perro asesino...

Luchan. Se oye un grito y el porta-lentes, con quien en realidad está luchando Rambaldo lanza otro.

RAMBALDO: ¿Qué ha dicho?

INTERPRETE: Ha dicho: sí, argalif Isoarre, te llevo enseguida los lentes.

RAMBALDO: Así pues, no es él!

PORTA-LENTEs - INTERPRETE: Yo soy el portalentess del argalif Isoarre. Los lentes son un nuevo aparato todavía desconocido por vosotros, cristianos, que corrige la vista. Isoarre, al ser miope, se ve obligado a llevarlos en la batalla, pero, como son de vidrio, en cada encuentro se hace pedazos un par. Yo estoy asignado a proveerle de otros nuevos. Pido, pues, interrumpir el duelo con voz, porque de lo contrario el argalif, débil de vista como es, llevará ~~XXXXXX~~ la peor parte.

RAMBALDO: Ah, el porta-lentes!

PORTA-LENTEs: Tenéis que dejarme ir, señor, porque el plan de la batalla establece que Isoarre se mantenga en buena salud, y ese si no ve está perdido!

El argalif viene gritando con las manos por delante, pues no ve ni torta.

PORTA-LENTEs: Un momento, argalif, ahora llegan los lentes. (en moro)

RAMBALDO: No!

PORTA-LENTEs: Cuidado, señor! (en moro)

El argalif se ensarta en una lanza.

TEODULFO: Ese era Isoarre, señor, creo que se acaba de ensartar en una lanza.

PORTA-LENTEs-INTERPRETE: Ahora su vista ya no tiene necesidad de lentes para mirar las hufies del Paraíso.

Suena la trompa mora. El porta-lentes sale de escena.

TEODULFO: Pero, mirad, ya se retiran, se retiran!

CARLOMAGNO: Estupendo, Teodulfo. Rápido, salgamos de Aquí. Bravo, mis paladines, hemos vuelto a ganarles!

PALADINES: Viva, viva nuestro emperador!

PARTE SEGUNDA

ESCENA 1

Una mesa alargada. En el centro, Carlomagno. Van llegando los paladines, que lo rodean: Teodulfo, Orlando, Oliverio, Bernardo, Agilulfo, Torrismondo. Cuando están todos sentados comiendo, comienzan a oírse los comentarios.

ORLANDO: Debo decir que la batalla de Aspromonte se estaba poniendo fea hasta que abatí en duelo al rey Agolante y le arrebaté la Durindana. Estaba tan agarrado a ella que cuando le corté en seco el brazo derecho, su puño quedó pegado al pomo de Durindana y tuve que emplear tenazas para separarlo.

AGILULFO: No es por contradecirte, pero para ser exactos hay que precisar que Durindana fue entregada por los enemigos durante las gestiones del armisticio, cinco días después de la batalla de Aspromonte. En realidad, figura en una lista de armas ligeras cedidas al ejército franco entre las condiciones del tratado.

OLIVERIO: De cualquier modo, no fue ése el caso de Fusberta. Al pasar los Pirineos, aquel dragón al que me enfrenté, lo corté en dos de un sablazo, y ya sabéis que la piel de dragón es más dura que el diamante.

AGILULFO: Bueno, vamos a poner las cosas en claro: el paso de los Pirineos ocurrió en Abril, y en abril, como todos saben, los dragones cambian la piel, y son blandos y tiernos como los recién nacidos.

BERNARDO: Pero hombre, ese día u otro, si no era allí era en otro sitio; en definitiva, las cosas fueron así, no viene a cuento buscarle tres pies al gato.

ORLANDO: No veo por qué tienes que pararte tanto en menudencias, Agilulfo. La misma gloria de las acciones guerreras tiende a exagerarse en la memoria popular y eso prueba que es gloria genuina, fundamento de los títulos y los grados conquistados por nosotros.

AGILULFO: No de los míos! Cada uno de mis títulos y atributos lo he

obtenido por acciones comprobables y apoyadas en documentos incontrovertibles!

8 TORRISMUNDO: Con la cresta!

9 AGILULFO: Quien ha hablado me dará cuentas!

10 BERNARDO: Cálmate, sé bueno, tú que siempre tienes que arguir algo en contra de las hazañas de los otros, no puedes impedir que a alguien le apetezca reírse de las tuyas...

11 AGILULFO: Yo no ofendo a nadie: me limito a precisar hechos, con lugar, fecha y un montón de pruebas.

12 TORRISMUNDO: Soy yo quien ha hablado. También yo puntualizaré.

13 AGILULFO: Pues quisiera ver, Torrismundo, si encuentras en mi pasado algo impugnabile. ¿Quieres quizá impugnar, por ejemplo, que fui armado caballero porque hace exactamente quince años salvé de la violencia de dos bandidos a la virgen Sofronia, hija del rey de Escocia?

14 TORRISMUNDO: Sí, lo impugno, hace quince años Sofronia, hija del rey de Escocia, no era virgen.

15 AGILULFO: Cómo puedes sostener eso que es una ofensa no sólo a mi dignidad de caballero, sino a una dama que tomé bajo la protección de mi espada!

16 TORRISMUNDO: Lo sostengo.

17 AGILULFO: Las pruebas!

18 TORRISMUNDO: Sofronia es mi madre! Sí, nací hace veinte años de Sofronia, quien entonces tenía trece. Aquí tenéis el medallón de la casa real de Escocia.

19 CARLOMAGNO: Joven caballero, ¿os dais cuenta de la gravedad de vuestras palabras?

20 TORRISMUNDO: Plenamente, y para mí aun más que para otros. Niña aún, mi madre quedó encinta de mí, y por temor a la ira de sus padres cuando supieran su estado, huyó el castillo real de Escocia y vagó por las mesetas. Me dio a luz al raso, en un brezal, y me crió vagando por campos y bosques de Inglaterra hasta la edad de cinco años. Estos primeros recuerdos son los del más hermoso período de mi vida, que la intrusión de éste interrumpió. Recuerdo el día. Mi madre me había dejado de guardia en nuestra

cueva, mientras ella iba como de costumbre a robar fruta por los campos. Tropezó casualmente con dos salteadores de caminos que querían abusar de ella. Quizá habrían terminado por trabar amistad: a menudo mi madre se lamentaba de su soledad. Pero llegó esta armadura vacía en busca de gloria y arrolló a los bandidos. Al reconocer a mi madre como de estirpe real, la tomó bajo su protección y la llevó al castillo más próximo, el de Cornualles, confiándola a los duques. Yo, entretanto, me había quedado en la cueva, solo y hambriento. Mi madre, en cuanto pudo, confesó a los duques la existencia del hijito que había abandonado a la fuerza. Me buscaron unos siervos provistos de antorchas y me llevaron al castillo. Para salvar el honor de la familia de Escocia, atada a los de Cornualles por vínculos de parentesco, fui adoptado y reconocido como hijo del duque y de la duquesa. Mi vida fue tediosa y cargada de obligaciones, como es siempre la de los benajamines de las familias nobles. No se me permitió ver más a mi madre, que tomó el velo en un lejano convento. El peso de esta montaña de falsedades que ha torcido el curso natural de mi vida, lo he llevado encima hasta ahora. Finalmente, he conseguido decir la verdad. Pase lo que pase, para mí será sin duda mejor de como ha sido hasta ahora.

21 CARLOMAGNO: Y vos, ¿qué tenéis que decir de esta historia?

22 AGILULFO: Son mentiras. Sofronia era doncella. En la flor de su pureza reposa mi nombre y mi honor.

23 CARLOMAGNO: ¿Podréis probarlo?

24 AGILULFO: Buscaré a Sofronia.

25 TEODULFO: ¿Pretendéis encontrarla tal cual quince años después?

Vuestras corazas de hierro forjado tienen una duración mucho más breve.

26 AGILULFO: Tomó el velo inmediatamente después de que la confié a aquella piadosa familia.

27 TEODULFO: En quince años, con los tiempos que corren, ningún convento de la cristiandad se salva de desbandadas y sequeos, y

cada monja tiene tiempo de exclaustrarse y enclaustrarse al menos cuatro o cinco veces...

28 AGILULFO: De todas maneras, una castidad violada presupone un violador. Lo encontraré y obtendré testimonio de él de la fecha hasta la que Sofronia pudo considerarse doncella.

29 CARLOMAGNO: Os doy licencia para partir al instante, si lo deseais. Pienso que en este momento, nada os interesa más que el derecho a llevar nombre y armas, que ahora se os rebate. Si este joven dice la verdad, no podré teneros a mi servicio, es más, no podré consideraros desde ningún punto de vista, ni siquiera para los atrasos del sueldo.

30 AGILULFO: Sí, mi emperador, marcharé.

31 CARLOMAGNO: ¿Y vos? ¿Os dais cuenta de que al declararos nacido fuera del matrimonio no podéis revestir el grado que os esperaba por vuestra cuna? ¿Sabéis al menos quién era vuestro padre? ¿Tenéis esperanzas de haceros reconocer por él?

32 TORRISMUNDO: Nunca podré ser reconocido.

33 CARLOMAGNO: Quién sabe. Todo hombre, al llegar a una edad avanzada, tiende a actuar de forma que le cuadren las cuentas en el balance de su vida. Incluso yo he reconocido a todos los hijos habidos de concubinas, y eran muchos, y seguramente que alguno ni siquiera era mí.

34 TORRISMUNDO: Mi padre no es un hombre.

35 CARLOMAGNO: Pues ¿quién es? ¿Belcebú?

36 TORRISMUNDO: No, sire.

37 CARLOMAGNO: ¿Quién, entonces?

38 TORRISMUNDO: Es la Sagrada Orden de los Caballeros del Santo Grial. Mi madre era una niña valiente y corría siempre por lo más espeso de los bosques que rodeaban el castillo. Un día, en lo más hondo del bosque, topó con los caballeros del Santo Grial, acampados allí para fortificar su espíritu en el aislamiento del mundo. La niña se puso a jugar con aquellos guerreros y desde aquel día cada vez que podía eludir la vigilancia familiar se acercaba al campamento. Pero al cabo de poco tiempo,

de aquellos juegos pueriles, regresó encinta.

37 CARLOMAGNO: Los Caballeros del Santo Grial han hecho todos voto de castidad y ninguno de ellos podrá nunca reconocerte como hijo.

40 TORRISMUNDO: Ni yo, por otra parte, lo querría. Mi madre nunca me habló de un caballero en particular, sino que me educó para que respetara como padre a la Sagrada Orden en su conjunto.

44 CARLOMAGNO: Entonces, la Orden en su conjunto no está sujeta a ningún voto de esta clase. Nada prohíbe, pues, que se reconozca padre de una criatura. Si tú consigues dar con los Caballeros del Santo Grial y hacerte reconocer como hijo de toda su Orden considerada colectivamente, tus derechos militares, dadas las prerrogativas de la Orden, no serían distintos de los que tenías como hijo de una familia noble.

47 TORRISMUNDO: Partiré.

Sale Torrismundo. Bradamante cruza la escena.

53 BRADAMANTE: Rápido! Rápido! Preparádmelo todo, me voy, me voy, no me quedo aquí ni un minuto más, él se ha ido, el único por el cual este ejército tenía un sentido, el único que podría dar un sentido a mi vida y a mi guerra, y ahora no queda más que un tropel de borrachos y violentos, incluida yo misma...

Sale Bradamante. Rambaldo entra en persecución de la paladina.

44 RAMBALDO: ¿Adónde vas, adónde vas, Bradamante? Aquí estoy yo, por ti y tú tevas... *Espera!*

Sale.

ESCENA 2

Entra Gurdulú. En escena, una molinera.

GURDULU: ¿Lo habéis visto a mi amo?

MOLINERA: ¿Y quién es tu amo?

GURDULU: Un caballero... no; un caballo.

MOLINERA: ¿Estás al servicio de un caballo?

GURDULU: No... es mi caballo que está al servicio de un caballo...

MOLINERA: ¿Y quiéncabalga en ese caballo?

GURDULU: Pues... no se sabe.

MOLINERA: Y sobre tu caballo, ¿quién cabalga?

GURDULU: Ah, preguntádselo a él!

Gurdulú se va. Entra Bradamante.

BRADAMANTE: Busco a un caballero con la armadura blanca. Sé'que anda por aquí.

MOLINERA: Pues aquí no está.

BRADAMANTE: Si no está es justamente él.

MOLINERA: Entonces ve a buscarlo donde esté. Paso de largo sin decir nada.

BRADAMANTE: ¿Lo habéis visto de verdad? Una armadura blanca que parece que haya un hombre dentro...

MOLINERA: ¿Y quién hay sino un hombre?

BRADAMANTE: Uno que es más que cualquier otro hombre!

MOLINERA: Me parecen muchos encatamientos los vuestros, incluso los tuyos, oh, caballero de voz tan dulce.

Bradamante se va. Entra Rambaldo.

RAMBALDO: ¿Habéis visto pasar un caballero?

MOLINERA: ¿Cuál? Ya han pasado dos y tú eres el tercero.

RAMBALDO: El que ~~cubría~~ detrás del primero.

MOLINERA: ¿Es cierto que uno no es un hombre?

RAMBALDO: El segundo es una mujer.

MOLINERA: ¿Y el primero?

RAMBALDO: Nada.

MOLINERA: ¿Y tú?

RAMBALDO: ¿Yo? Yo... soy un hombre.

MOLINERA: Válgame Dios!

Rambaldo se va corriendo. La molinera, aturdida, también desaparece.



ESCENA 3

Agilulfo, a caballo. Enseguida, una doncella. A un lado, un ermitaño que observa atentamente la escena.

1 DONCELLA: Socorro, noble caballero, a media milla de aquí una feroz manada de osos tiene asediado el castillo de mi señora, la noble viuda Priscila. Habitamos el castillo sólo unas pocas mujeres indefensas. Ya nadie puede entrar ni salir. Yo me he podido bajar con una cuerda de las almenas y he escapado de las uñas de esas fieras de milagro. Ah, caballero, ven a liberarnos!

2 AGILULFO: Mi espada está siempre al servicio de las viudas y de las criaturas indefensas.

Entra Gurdulú, cabalgando atolondradamente.

3 AGILULFO: Gurdulú, sube a tu silla a esta jovencita, que nos guiará al castillo de su ama.

Agilulfo se acerca al ermitaño.

4 DONCELLA: Qué noble porte tiene tu amo.

5 GURDULU: Huy, huy.

6 DONCELLA: Es tan seguro y altivo...

7 GURDULU: Huy, huy...

8 DONCELLA: Y la voz, cortante, metálica... Pero dime: nos estamos saliendo del camino. ¿Qué pasa, escudero, estás distraído?

Gurdulú desaparece con la doncella.

9 ERMITAÑO: Guardaos de la viuda Priscila! Eso de los osos no es más que una trampa: es ella misma quien los cría para hacerse liberar por los más valientes caballeros que pasan por el camino real, atraerlos al castillo y alimentar así su insaciable lascivia.

10 AGILULFO: Será como me decís, hermano, pero yo soy caballero y sería descortesía sustraerse a la solicitud formal de socorro de una

mujer en lágrimas.

11 ERMITAÑO: ¿No teméis las llamas de la lujuria?

12 AGILULFO: Pues, ya veremos...

13 ERMITAÑO: ¿Sabéis qué queda de un caballero tras una estancia en ese castillo?

14 AGILULFO: ¿Qué?

15 ERMITAÑO: Lo tenéis delante de vuestros ojos. También yo fui caballero, también yo salvé a Priscila de los osos, y aquí estoy ahora.

16 AGILULFO: Tendré en cuenta vuestra experiencia, hermano, pero afrontaré la prueba.

1 Vuelven a entrar Gurdulú y la doncella.

17 DONCELLA: No sé por qué tienen que estar siempre chismorreando estos ermitaños. En ninguna otra clase de religiosos o de laicos se charla y se difama tanto.

18 AGILULFO: ¿Hay muchos ermitaños por estas inmediaciones?

19 DONCELLA: Está lleno. Y siempre se añade alguno nuevo.

20 AGILULFO: No seré yo de esos. Apresurémonos.

21 DONCELLA: Oigo el ruido de los osos. Tengo miedo! Yo me voy!

2 La doncella se va. Agilulfo y Gurdulú desaparecen. Ruidos de pelea. Priscila y sus damas salen a escena y miran hacia fuera. De pronto, comienzan a caer los cuerpos de los osos en el centro del escenario. La pelea termina. Entra Agilulfo, seguido de Gurdulú.

22 PRISCILA: Noble caballero, ¿podrá mi hospitalidad recompensaros cuanto os debo?

23 AGILULFO: Señora...

24 PRISCILA: Caballero Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos, ya conozco vuestro nombre y sé muy bien quién sois y quién no sois.

25 AGILULFO: Vuestro siervo.

1 Oscuro. Desaparecen.

ESCENA 5

Entra una vieja con una escoba, o un campesino con una carretilla con el fin de quitar los osos del escenario. En plena operación, aparece Torrismundo.

TORRISMUNDO: Buen hombre, ¿qué tierra es ésta?

CAMPESINO: Estáis en Curvaldia, noble ~~XXXXXXXXXX~~ señor.

TORRISMUNDO: Curvaldia! Decidme, ¿podrías darme un poco de requesón y pan negro para continuar camino?

CAMPESINO: Daró slo, os lo daría de buen grado, señorito, pero ved mi aspecto: mi mujer y mis hijos se han quedado esqueléticos. Los donativos que debemos hacer a los caballeros son ya tantos... Este bosque hormiguea de colegas vuestros, aunque vestidos de otra forma. Hay toda una tropa, y en cuanto al aprovisionarse, comprendéis, los tenemos a todos encima!

TORRISMUNDO: ¿Caballeros que viven en el bosque? ¿Y cómo visten?

CAMPESINO: El manto es blanco, el yelmo es de oro, con dos alas blancas de cisne a los lados.

TORRISMUNDO: ¿Y son muy piadosos?

CAMPESINO: Oh, piadosos lo son mucho. Y con el dinero no se manchan las manos, porque no tienen un céntimo. Pero pretensiones sí que tienen, y a nosotros nos toca obedecer! Ahora nos hemos quedado sin nada: hay carestía. Cuando vengan la próxima vez, ¿qué les daremos?

Torrismundo ha salido corriendo. El campesino se lleva a los osos.

ESCENA 6

Salen las damas de Priscila, vestidas con túnicas blancas muy cortas. Tres de ellas, juegan a la pelota. Otras dos, sentadas, conversan. Gurdulú se une a las que juegan a la pelota, pero sus intenciones son claramente muy distintas de las de las doncellas.

DONCELLA: Oh, pero qué haces. No, no, borrico. Ay, ~~XXXXXXXXXX~~ mirad lo que me hace...

Gurdulú se la lleva al hombro.

DONCELLA: (fuera) No, quiero jugar a la pelota. Ah, ah, ah!

Las otras doncellas continúan su juego, hasta que la otra vuelve.

DONCELLA: Venga, pásamela.

Y salen corriendo intercambiándose la pelota. En un segundo plano, aparece Agilulfo, con Priscila.

PRISCILA: El cielo se oscurece.

AGILULFO: Es de noche, noche cerrada.

PRISCILA: Oíd el ruiseñor.

AGILULFO: Es hermoso su canto.

PRISCILA: Después de todo, el ruiseñor canta por amor y nosotros...

AGILULFO: Ah, el amor. Entre los antiguos, siendo el amor considerado como un dios, era incluso venerado por ciertos pueblos... Sabed que fue Penía quien embriagada de néctar durante la celebración del nacimiento de Venus, siguió a Poros al interior del jardín de Zeus, donde ~~XXXX~~ concibieron a Eros. Engendrado el mismo día que la bella Afrodita, Amor se convirtió en su paje, y desde entonces se le representa como un adolescente o como un niño travieso que hiere con sus ciegas flechas a los mortales.

PRISCILA: ¿Y a vos nunca os hiere?

AGILULFO: Es muy dura mi coraza.

PRISCILA: Ya veremos...

Entran nuevamente las doncellas, jugando a la pelota. Gurdulú se ha aferrado a una de ellas y no la suelta hasta que consigue llevársela, mientras las otras nuevamente desaparecen.

DONCELLA: Fuera, quita, quita, pero qué pesado, qué impetuoso, no, me haces daño, pero oye...

Se van.

PRISCILA: Qué noche tan agradable... Cuán dulce debe ser saborearla bajo las mantas, acostados...

AGILULFO: Ah, el difícil arte de hacer la cama es desconocido por las sirvientas de Francia, y en los más nobles palacios no se encuentran más que sábanas mal remetidas.

PRISCILA: Oh, no decídme, ¿también XX mi cama?

AGILULFO: Sin duda que la vuestra es una cama de reina, superior a cualquier otra de todos los territorios imperiales, Pero permitidme que mi deseo de veros rodeada sólo de cosas en cada uno de sus puntos dignas de vos, me lleve a considerar con aprensión este pliegue.

PRISCILA: Oh, este pliegue.

Poco a poco deshacen la cama completamente y comienzan a hacerla de nuevo. Entretanto, vuelven a aparecer las doncellas ya claramente perseguidas por Gurdulú.

DONCELLA: Ay, ay, está de nuevo aquí, huy mi madre, pero oye una cosa. Aaaaahhhh.

Se van. Fuera, gritos y rebuznos.

PRISCILA: ¿Qué ha sido eso?

AGILULFO: Nada, es la voz de mi escudero. Y ahora, ¿qué pasa?

PRISCILA: Oh, son las muchachas, juegan. Ya se sabe, la juventud...

AGILULFO: Ha quedado perfecta.

PRISCILA: ¿Y qué esperamos para meternos en ella?

Priscila se desnuda y mira lascivamente a Agilulfo. Este no se mueve. Priscila se mete en la cama.

PRISCILA: Venid, caballero, ¿qué os ocurre?

AGILULFO: Dicen que Cleopatra cada noche soñaba que tenía en la cama a un guerrero con armadura.

PRISCILA: No lo he probado nunca. Todos se la quitan mucho antes.

AGILULFO: Pues bien, ahora lo probaréis.

PRISCILA: ¿Y ni siquiera os desatáis la espada?

AGILULFO: La pasión amorosa no conoce caminos intermedios.

Agilulfo yace inmóvil junto a Priscila. Entran tres doncellas, conversando.

DONCELLA: ... Y porque Filomena, sabéis, estaba celosa de Clara, pero en cambio... (Gurdulú se apodera de ella y se la echa al hombro). Huy, qué susto... en cambio, os decía, Viligelmo parece que andaba con Eufemia... Pero ¿adónde me llevas?... ¿Lo habéis entendido? La otra boba entretanto, con sus celos de costumbre...

Desaparecen. Las dos doncellas se quedan mirando. Gritos.

PRISCILA: Caballero...

AGILULFO: Es en la inmovilidad donde se consigue la comunicación perfecta. ¿No sentís el amor vibrando entre nuestros cuerpos?

Entra la doncella arreglándose mientras habla.

DONCELLA: Es precisamente así, os digo, Filomena hizo una escena a Clara y el otro en cambio....

Se van.

AGILULFO: La noche declina. Señora, vayamos a la ventana a regalarnos con esta tardía luz lunar.

Vuelven a escucharse gritos de mujer y rebuznos de escudero.

AGILULFO: Toda la naturaleza es amor.

Entra Gurdilú, que cae rendido en el centro de la escena, panzarriba.

AGILULFO: Nada transfigura tanto el rostro de una mujer como los primeros rayes del alba.

PRISCILA: ¿Cómo estoy?

AGILULFO: Bellísima. Es la aurora. Mi deber de caballero quiere que a esta hora me ponga en camino.

PRISCILA: Ya! Precisamente ahora!

AGILULFO: Me duele, gentil dama, pero me obliga una misión más grave.

PRISCILA: Oh, era tan hermoso!

AGILULFO: Bendecidme, Priscila.

Agilulfo sale mientras las damas rodean a Priscila.

AGILULFO: Rápido, a caballo.

DONCELLA: ¿Cómo ha sido, ama, cómo ha sido?

PRISCILA: Oh, una cosa, si supiérais. Un hombre, un hombre...

DONCELLA: Pero decidnos, contadnos, ¿cómo es?

PRISCILA: Un hombre... Un hombre... Una noche, un continuo, un paraíso...

DONCELLA: Pero ¿qué ha hecho?

PRISCILA: ¿Cómo puede explicarse? Hermoso, hermoso!

DONCELLA: Pero aun siendo así, ¿eh? Contad!

PRISCILA: Ahora no sabría... Tantas cosas... Y vosotras, con ese escudero...

DONCELLA: Pues, quién sabe...

DONCELLA: Pobrecito...

DONCELLA: Yo no me acuerdo.

DONCELLA: Tampoco yo me acuerdo, quizá tú.

DONCELLA: Qué! Yo!

DONCELLA: Ama, habladnos de él, del caballero. ¿Cómo era Agilulfo?

PRISCILA: Oh, Agilulfo!

ESCENA 3

Bosque, en la tierra de Curvaldía. Los Caballeros del Santo Grial, con mantos blancos y lanzas. Todos parecen locos. Hacen cosas muy extrañas. Algunos llevan cisnes, a los que acarician. Entra Torrismundo, guiado por un guerrero que toca el arpa. Se acerca a un viejo.

TORRISMUNDO: Caballero..., perdonadme, quizá me equivoco, pero ¿no sois acaso los caballeros del Gri...?

ANCIANO: No pronuncies jamás ese nombre. ¿No te basta con haber venido a turbar nuestro piadoso recogimiento?

TORRISMUNDO: Oh, perdonadme. Soy tan feliz de estar entre vosotros. Si supiérais cuánto os he buscado.

ANCIANO: ¿Por qué?

TORRISMUNDO: Porque... porque soy vuestro hijo.

ANCIANO: Aquí no se conocer padres ni hijos. Quien entra en la Sagrada Orden abandona todos los parentescos terrenos.

TORRISMUNDO: No tengo otra aspiración que ser reconocido hijo de esta Sagrada Orden, por la que mantengo una admiración ilimitada!

ANCIANO: Si admiras tanto a nuestra orden, no deberías tener otra aspiración que la de ser admitido a formar parte de ella.

TORRISMUNDO: ¿Qué es preciso hacer?

ANCIANO: Purificarse gradualmente de toda pasión y dejarse poseer por el amor del Grial.

TORRISMUNDO: Oh, vos lo pronunciáis, el nombre.

ANCIANO: Nosotros, los Caballeros, podemos; vosotros, los profanos, no.

TORRISMUNDO: Pero, decidme, ¿por qué todos aquí callan y vos sois el único en hablar?

ANCIANO: Es a mí a quien corresponde el deber de las relaciones con los profanos. Al ser las palabras a menudo impuras, los caballeros prefieren abstenerse, salvo para dejar hablar a través de sus labios al Grial.

TORRISMUNDO: Decidme, ¿qué debo hacer para empezar?

ANCIANO: ¿Veis aquella hoja de arce? Una gota de rocío se ha posado en ella. Tú estate quieto, inmóvil, y fíjate en esa gota sobre

la hoja, ensimismate, olvida todo lo del mundo en esa gota, hasta que sientas que te has perdido a ti mismo y que estás invadido por la infinita fuerza del Grial.

Torrismundo permanecieron buen rato mirando la gota. A su alrededor aparecen y desaparecen caballeros que caminan lentamente, con la boca abierta y los ojos desencajados. De vez en cuando uno abre los brazos y da una carrerita. Otros juegan al corro o andan a la pata coja, o se arrastran por el suelo como serpientes... Hasta que aparecen dos caballeros transportando en una silla una especie de momia vestida con el uniforme del Grial, aunque más fastuoso. Los ojos los tiene abiertos, desencajados; la cara como una castaña. Los caballeros se disponen a efectuar ante él ejercicios militares.

TORRISMUNDO: ¿Y quién es ése?

ANCIANO: Es el Elegido, el único que ha alcanzado el éxtasis perfecto, el Rey del Grial.

TORRISMUNDO: Pero, ¿está vivo?

ANCIANO: Está vivo, pero es presa del amor del Grial hasta el extremo de que ya no tiene necesidad de comer, ni de moverse, ni de hacer sus necesidades, ni casi de respirar. No ve ni siente. Nadie conoce sus pensamientos; sin duda reflejan el recorrido de lejanos planetas.

TORRISMUNDO: ¿Y por qué lo hacen asistir a una parada militar, si no ve?

ANCIANO: Eso está en los ritos del Grial.

Los caballeros se ejercitan en asaltos de esgrima.

TORRISMUNDO: Pero, ¿cómo pueden combatir con ese aire de adormecidos?

ANCIANO: Es el Grial que está en nosotros el que mueve nuestras espadas. El amor del universo puede tomar la forma de tremendo furor y empujarnos a ensartar amorosamente a los enemigos. Nuestra Orden es invencible en la guerra precisamente porque combatimos sin hacer ningún esfuerzo ni ninguna elección, sino dejando que el sagrado furor se desencadene a través de nuestros cuerpos.

TORRISMUNDO: ¿Y siempre resulta?

ANCIANO: Sí, para quien ha perdido todo residuo de voluntad humana y deja que sea solamente la fuerza del Grial la que mueva su mínimo gesto.

TORRISMUNDO: ¿Es mínimo gesto? ¿Incluso ahora ~~que~~ estáis caminando?

ANCIANO: Ciertamente. No soy yo quien mueve el pie: dejo que sea movido. Intentalo. Todos empezamos por eso.

Torrismundo lo intenta. Pero no hace sino balancearse como un paralítico.

ANCIANO: Déjate poseer, déjate poseer por el todo.

TORRISMUNDO: Pero a mí, en realidad, lo que me gustaría es poseer, no ser poseído.

ANCIANO: Te queda mucho camino por andar, muchacho.

ESCENA 8

Un viejo. Agilulfo, seguido de Gurdulú.

AGILULFO: Buen hombre, ¿no había justo en el lugar de estas ruinas un convento habitado por las piadosas hermanas de la orden de san Columbiano?

VIEJO: Llegáis demasiado tarde, noble caballero, todavía estos valles resuenan con los gritos de aquellas desventuradas. Una flota de piratas moriscos desembarcada en estas costas saqueó no hace mucho el convento, y se llevó como esclavas a todas las religiosas y pegó fuego a los muros.

AGILULFO: ¿Se las llevó? ¿Adónde?

VIEJO: Como esclavas, para venderlas en Marruecos, señor mío.

AGILULFO: Había entre esas hermanas una que en el siglo era hija del rey de Escocia, Sofronia?

VIEJO: Ah, queréis decir sor Palmira. ¿Que si estaba aquí? Enseguida se la cargaron al hombro aquellos bribones. Aunque ya no era una jovencita, todavía estaba de buen ver. La recuerdo como si fuera ahora, cómo gritaba cuando la agarraron aquellos tipos tan feos.

AGILULFO: ¿Estabais presente durante el saqueo?

VIEJO: ¿Qué queréis? Los del pueblo, ya se sabe, estamos siempre en la calle.

AGILULFO: ¿Y no las auxiliasteis?

VIEJO: ¿A quién? Bueno, señor, qué queréis, así de pronto... no teníamos jefes, ni experiencia... Entre hacer algo y hacerlo mal pensamos que era mejor no hacer nada.

AGILULFO: Y decidme, esta Sofronia, en el convento, ¿llevaba una vida piadosa?

VIEJO: En estos tiempos hay monjas de todas clases, pero sor Palmira era la más piadosa y casta de todo el obispado.

AGILULFO: Pronto, Gurdulú, vayamos al puerto y embarquémonos hacia Marruecos!

ESCENA 9

Suena un cuerno. Los caballeros se detienen y miran hacia un lado. También el anciano, y Torrismundo.

TORRISMUNDO: ¿Qué es eso?

ANCIANO: Ho es el día del pago de tributos. Una embajada de campesinos ha de entregarnos la recaudación.

TORRISMUNDO: Pero ¿cómo? ¿Los campesinos? Yo he estado en el pueblo de Curvaldia. Ellos me han informado de que habitabais estos bosques. Están todos raquíticos, famélicos, no tienen ni para...

ANCIANO: Ese no es problema nuestro!

TORRISMUNDO: No podéis consentir que os mantengan quienes se mueren de hambre cuando vosotros no hacéis nada

ANCIANO: No has entendido nada! Es el Grial quien nos mantiene, quien nos da la vida. Es su amor el que dispone el pago de tributos.

TORRISMUNDO: Silencio! Aquí llegan los campesinos...

CAMPESINO: Caballeros...

ANCIANO: De rodillas, estáis ante el Rey.

CAMPESINO: Perdón... Queríamos decir que la añada, en toda la tierra de Curvaldia ha sido mala. Ni siquiera sabemos cómo quitarles el hambre a nuestros hijos. La carestía alcanza tanto al rico como al pobre. Piadosos caballeros, estamos aquí para pedir os humildemente que nos dispenséis de los tributos, por esta vez.

Silencio grave. El Rey del Grial separa las manos lentamente, las alza al cielo (tiene unas uñas larguísimas), y grita:

REY: Iiiiihhhh!...

Los caballeros se lanzan contra los campesinos, que huyen...

CAMPESINOS: Socorro! Piedad!

Se oyen gritos y golpes.

TORRISMUNDO: Pero, los van a matar! Decídme, ¿por qué? ¿No es verdad, pues, queos embebe el amor del todo! ¿Adónde van con esas antorchas? Van a prender fuego al pueblo!

ANCIANO: No quieras escrutar los designios del Grial, novicio! No somos nosotros quienes hacemos esto; es el Grial que está en nosotros el que nos mueve! Abandónate a su furioso amor.

El anciano se va.

TORRISMUNDO: Pero, yo no puedo consentirlo. Vos sois el Rey, el Elegido. Ordenadles que se detenga. Van a destrozarlo todo! Van a matar a toda esa pobre gente! ¿Acaso no os importa?

EL REY: Iiiiiihhhh!

TORRISMUNDO: Entonces... Vosotros no... Y yo... No sé quién soy... No sé.

Se va.

ESCENA 10

El barco de Agilulfo corre sobre el océano. Aparece una ballena mucho más grande que el barco.

MARINERO: Una ballena! Una ballena!

OTRO MARINERO: Vamos a chocar contra ella!

MARINERO: Ayudadnos, caballero!

Agilulfo salta del barco sobre la ballena y le clava la lanza. La ballena se enfada y hunde el barco. Agilulfo se va al fondo. Gurdulú consigue agarrarse a una tortuga.

AGILULFO: Ya nos encontraremos en Marruecos. Yo voy a pie.

Un barco de pescadores, ya muy cerca de Marruecos, saca a Gurdulú entre los peces en una red.

PESCADOR: El hombre-peze, el hombre-peze!

PATRÓN: Qué hombre-peze ni qué ocho cuartos: es Gudi-Ussuf. Es Gudi-Ussuf, que yo lo conozco!

El barco llega a la orilla. Agilulfo emerge de las aguas.

PESCADORES: El hombre-langosta, el hombre-langosta!

GURDULU: Qué hombre-langosta ni qué ocho cuartos. Es mi amo. Estaréis cansado, eh! A mí me ha traído una tortuga, pero vos lo habéis hecho todo a pie.

AGILULFO: No estoy cansado en absoluto. ¿Y tú qué haces aquí?

PATRÓN: Buscamos perlas para el sultán, que cada noche tiene que regalar a una mujer distinta una perla nueva. Y como tiene trescientas sesenta y cinco... Vos que conseguís tan bien caminar por el fondo del mar, ¿por qué no os asociáis a nuestra empresa?

AGILULFO: Un caballero no se asocia a empresas que tengan como finalidad la ganancia, en especial si son dirigidas por enemigos de su religión. Os doy las gracias, oh pagano, por haber salvado y alimentado a este mi escudero, pero que vuestro sultán no queda esta noche regalar ninguna perla a sus trescientas sesenta y cinco

PATRON: Nos importa a nosotros, que nos harán azotar. Esta noche no será una noche nupcial como las otras. Le toca a una esposa nueva, que el sultán visitará por primera vez. Fue comprada hace casi un año a ciertos piratas y ha esperado hasta a-hora su turno. Sería descortés que el sultán se presente ante ella con las manos vacías, tanto más cuando se trata de una correligionaria vuestra, Sofronia de Escocia, de estirpe real, traída a Marruecos como esclava y destinada enseguida al harén de nuestro soberano.

AGILULFO: Os proporcionaré la manera de salir del apuro. Que los mercaderes propongan al sultán hacerle llevar a la nueva esposa no la perla de costumbre, sino un regalo que pueda aliviar su nostalgia del país lejano, es decir, una armadura completa de guerrero cristiano.

PATRON: ¿Y dónde encontramos esa armadura?

AGILULFO: La mía!

En el harén del sultán, Sofronia espera ansiosa la llegada de la hora prevista. Llaman.

SOFRONIA: Es la hora, al fin!

Entran unos eunucos con la armadura de Agilulfo.

SOFRONIA: ¿Y esto qué es? Dónde se habrá metido ese maldito sultán. Once meses esperando... Ya no aguanto más... Como no venga pronto, yo...

AGILULFO: No temáis, noble Sofronia. Soy Agilulfo de los Guildivernos, que ya una vez salvó vuestra inmaculada virtud.

SOFRONIA: Oh, socorro! Ah, sí, ya me había parecido que esta armadura blanca no me era desconocida. Sois vos el que llegasteis en el momento justo, hace años, para impedir que un bandido abusara de mí

~~se-ña~~

AGILULFO: Y ahora llego en el momento justo para salvaros de la
 égnominia de las bodas paganas...

SOFRONIA: Ya... Siempre vos... Sois...

AGILULFO: Ahora, protegida por esta espada, os acompañaré fuera de
 los dominios del sultán.

SOFRONIA: Ya...Claro...

Agilulfo lucha contra los soldados de palacio. Consigue es-
capar. Llegan a un falucho. Embarcan. El falucho va esquivando ba-
llenas, pero acaba chocando contra una escollera.

AGILULFO: Vamos, Gurdulú, ayúdame, Llevemos a Sofronia a una cueva y
 corramos hacia el campamento imperial!

ESCENA 4

Sofronia, en una cueva, duerme. Entra Torrismundo, se acerca a ella, se enamora.

SOFRONIA: No me haréis daño. ¿Qué andáis buscando entre estos áscollos desiertos?

TORRISMUNDO: Estoy buscando algo que siempre me ha faltado y que sólo ahora que os veo sé qué es. ¿Cómo habéis llegado a esta costa?

SOFRONIA: Me obligaron a casarme, aunque era monja, con un adepto de Mahoma, pero las bodas nunca se consumaron, ya que siendo yo la trescientos sesenta y cinco, una intervención de las armas cristianas me trajo hasta aquí.

TORRISMUNDO: Comprendo. ¿Y estáis sola?

SOFRONIA: Mi salvador se ha ido a los cuarteles imperiales para resolver, por lo que entendí, ciertas cuestiones.

TORRISMUNDO: Quisiera ofreceros la protección de mi espada, pero temo que el sentimiento que me ha inflamado al veros se exceda en propósitos que vos podríais considerar no honestos.

SOFRONIA: Oh, no tengáis escrúpulo, sabéis, he visto tantas cosas. Aunque cada vez, cuando llega el momento, se presenta el salvador, siempre él.

TORRISMUNDO: ¿Llegará también esta vez?

SOFRONIA: Pues, nunca se sabe.

TORRISMUNDO: ¿Cuál es vuestro nombre?

SOFRONIA: ~~XX~~ Azira, o sor Palmira. Según sea en el harén del sultán o en el convento.

TORRISMUNDO: Azira, me parece haberos amado siempre, haberme perdido ya en vos.

ESCENA 42

Carlomagno, Teodulfo, Agilulfo, Orlando, Oliverio, Rambaldo, Partera.

CARLOMAGNO: Ahora veremos, ahora veremos, Agilulfo de los Guildiver-
nos, no os inquietéis. Si lo que me decís es verdad, si esa mu-
jer tiene aún encima la misma virginidad que tenía hace ahora
quince años, nada que objetar, habréis sido armado caballero con
pleno derecho, y aquel jovenzuelo quería embaucarnos. Para
cercionarme he mandado que viniera con nuestro séquito una par-
tera experta en asuntos femeniles; nosotros los soldados, para
estas cosas, claro, no tenemos mano...

PARTERA: Sí, sí, majestad, se hará con esmero, aunque nazcan gemelos.

Orlando y Oliverio entran en la cueva.

ORLANDO: Sire, la virgen yace abrazada con un joven soldado.

Vuelven a entrar y los sacan.

AGILULFO: Tú, Sofronia!

CARLOMANGO: Torrisundo!

TORRISMUNDO: ¿Tú eres Sofronia? Ah, madre mía!

CARLOMAGNO: ¿Conocéis a este joven, Sofronia?

SOFRONIA: Sí, es Torrisundo, lo crié yo misma.

TORRISMUNDO: He cometido un incesto nefando! No me veréis nunca más!

AGILULFO: Tampoco a mí volveréis a verme! Ya no tengo nombre! Adiós!

Se van. Se oye ~~ah~~ galope alejándose. Todos miran. Ahora se oye el
galope de vuelta, acercándose.

TORRISMUNDO: Pero ¿cómo? ~~XXXX~~ Si hasta hace poco era virgen! ¿Cómo
no se me ocurrió enseguida? Era virgen! No puede ser mi madre!

CARDOMAGNO: ¿Queríais explicaros?

SOFRONIA: En realidad, Torrisundo no es mi hijo, sino mi hermano,
o mejor dicho, mi hermanastro. La reina de Escocia, nuestra ma-
dre, estando mi padre, el rey, en guerra desde hacía un año,

lo dio a luz después de un fortuito encuentro, al parecer, con la Sagrada Orden de los Caballeros del Grial. Al anunciar el rey su regreso, aquella pérfida criatura, con la excusa de que llevara de paseo a mi hermanito, me hizo extraviar en los bosques. Urdió un tremendo engaño para el marido que llegaba. Le dijo que yo, que contaba trece años, había huido para dar a luz a un bastardo. Retenida por un mal entendido respeto filial, nunca traicioné este secreto de nuestra madre. Viví en los brezales, con el pequeño hermanastro y fueron para mí unos años libres y felices, comparados con los que me esperaban en el convento donde me obligaron a ingresar los duques de Cornualles. No he conocido un hombre hasta esta mañana, a la edad de treinta y tres años, y el primer trato con un hombre, ay de mí!, resulta ser un incesto...

CARLOMAGNO: Veamos con calma cómo están las cosas. Incesto sí que hay, pero entre hermanastro y hermanastra no es de los más graves...

TORRISMUNDO: No hay incesto, sagrada majestad! Alégrate, Sofronia. En las investigaciones sobre mi origen he conocido un secreto que habría querido guardar para siempre: la que creía mi madre, o sea, tú, Sofronia, no naciste de la reina de Escocia, sino hija natural del rey, de la mujer de un mayordomo. El rey te hizo adoptar por su mujer, o sea, por ~~xx~~ la que ahora sé que fue mi madre, y que de ti fue sólo madrastra. Ahora comprendo cómo ella, obligada por el rey a fingirse tu madre contra su voluntad no viese la hora de desembarazarse de tí; y lo hizo atribuyéndote el fruto de una culpa suya pasajera, o sea, yo. Hija tú del Rey de Escocia y de una campesina, yo de la reina y de la Sagrada Orden, no tenemos ningún lazo de sangre, sino sólo el lazo amoroso que desde esta mañana nos une.

CARLOMAGNO: Me parece que todo se resuelve para bien. Pero no debemos tardar en hablar a nuestro bravo caballero Agilulfo y garantizarle que su nombre y su título ya no corren ningún peligro.

RAMBALDO: Iré yo, majestad!

ESCENA 18

En un rincón está la armadura de Agilulfo. Entra Rambaldo.

RAMBALDO: ¡Caballero! ¡Caballero Agilulfo! ¡Caballero de los Guildivernos! Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez! Todo está arreglado! Regresad!

Rambaldo ve la armadura. Sobre ella hay una nota. La lee:

RAMBALDO: "Dejo esta armadura al caballero Rambaldo de Rosellón." Caballero! Caballero! Volved a coger la armadura! Vuestro grado en el ejército y en la nobleza de Francia es incontestable! Existís, caballero, nadie puede ya negarlo ahora! Caballero, habéis resistido duramente tanto tiempo con vuestra sola fuerza de voluntad, habéis conseguido hacerlo todo como si existierais, ¿por qué rendiros de repente?

Sólo le responde el eco. Lentamente, Rambaldo se desprende de su armadura y viste la de Agilulfo. Se va.

ESCENA IV

Gurdulú, hablando con una botella. Aparece Rambaldo.

GURDULU: Seor amo! Mande, seor amo!

RAMBALDO: ¿A quién buscas ahí dentro, Gurdulú?

GURDULU: A mi amo busco.

RAMBALDO: ¿Dentro de una botella?

GURDULU: Amo, amo! Vos sois, mi amo!

RAMBALDO: No, Gurdulú, yo soy Rambaldo. Tu amo se ha disuelto en el
aire.

GURDULU: Entonces yo soy el escudero del aire!

RAMBALDO: Serás mi escudero, si me sigues.

GURDULU: ¿Adónde mi amo?

Rambaldo abandona la escena, sin contestar, seguido de Gurdulú.
Entra Bradamante, corriendo.

BRADAMANTE: Caballero Agilulfo, esperadme, quiero ir con vos. Espe-
rad!

Los caballeros cruzan la escena precipitadamente. Hay un gran bulli-
cio. Practicamante todos salen al escenario: campesinas, guerreros...
Se oyen vocés.

VOZ DE BRADAMANTE: Oh, sí, estaba segura, siempre estuve segura de
que sería posible. Este es el día que siempre había soñado,
mi inigualable caballero!

VOZ DE CARLOMAGNO: Ah, Agilulfo, habéis vuelto, ¿eh?

VOCES: Es Agilulfo de los Guildivernos, el caballero que no existe...